

UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO
FUNDACION ISABEL CACES DE BROWN
FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION

JUAN GOMEZ MILLAS
MIEMBRO ACADEMICO
DE LA FACULTAD

Valparaíso, Chile, 1964

UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO
FUNDACION ISABEL CACES DE BROWN
FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION

JUAN GOMEZ MILLAS
MIEMBRO ACADEMICO
DE LA FACULTAD

Valparaíso, Chile, 1964

El día 30 de octubre de 1964, en presencia del Consejo Superior de la Universidad y de numeroso público, la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad Católica de Valparaíso recibió como Miembro Académico al profesor don Juan Gómez Millas, dando cumplimiento así a un acuerdo de la Facultad, ratificado en sesión del Consejo Superior de fecha 8 de noviembre de 1963.

En las páginas siguientes, se entregan los respectivos discursos de recepción y de incorporación, así como el texto del diploma que, en dicho Acto, entregó el señor Rector de la Universidad, profesor don Arturo Zavala Rojas, al nuevo Miembro Académico.

DISCURSO DEL SR. DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION, DON HECTOR HERRERA CAJAS

Señoras y señores:

En este acto solemne, no pretendo siquiera esbozar lo que los años que van corridos de este siglo han significado para la cultura nacional, comprometida como está ella con todos los cambios, problemas y desvelos que afectan tan profundamente a nuestro mundo contemporáneo, pero sí puedo afirmar que más de la mitad de ellos han sabido de la presencia de don Juan Gómez Millas, quien, desde la cátedra universitaria, primero, y desde los más altos cargos en la educación nacional, después, ha entregado siempre su palabra autorizada.

Permitidme que para iniciar una semblanza de su figura recuerde, en primer lugar, al maestro, gracias a los semestres en que pude contarme entre sus alumnos en el Departamento de Historia de la Universidad de Chile. Por esos años, don Juan ya era indiscutiblemente la gran figura del Departamento; oír sus lecciones significaba no tan sólo recibir conocimientos acerca de un remoto pasado y enfrentarse con la problemática que él suscita; era mucho más. La historia cobraba en la palabra encendida de don Juan un relieve excepcional; debo aquí repetirlo, para mí fue vislumbrar en el

estudio de la historia una realidad rica, cálida, compleja que, desde entonces, atrae mi atención, me fascina y deleita.

Don Juan siente la historia en el corazón y, por eso, su visión del pasado surge tan poderosa; doquiera que él vuelva su penetrante mirada, en el campo que sea que centre su investigación, se le concede —don del historiador innato— esa íntima e indispensable relación cordial con el pasado, requisito para que se dé un auténtico y acertado recuerdo. Pero no es sólo esta calidad de su recuerdo lo que hacía de sus lecciones una experiencia inolvidable. También está su mirada; esta mirada penetrante, pero que sabe ser igualmente soñadora; esta mirada medida en inmensos horizontes, hecha para las profundas perspectivas, acostumbrada a los frescos monumentales y a los paisajes exóticos; esta mirada es la que alcanza, en una palabra, a contemplar la Historia Universal; en esta mirada reside la fuerza de convicción de sus lecciones.

Y así podía uno, llevado por su mirada apoyada en su voz, penetrar en la mente de este hombre e ir viendo cuanto le significaba la historia. El pasado de Egipto o de Grecia adquiría plena vigencia cuando iluminaba al hombre en la historia, y caíamos en la cuenta que ese hombre éramos también nosotros. Don Juan demostraba que la historia le preocupa y preocupación quiere decir acoger en la mente aquello que suscita y concentra las fuerzas de nuestro espíritu para detenerse cuanto sea necesario en su contemplación morosa y tranquila, a la vez que rigurosa y constante, antes que llegue el momento aquél en que se siente el llamado para ocuparse entregando a la historia nuestra parte de acción. Don Juan se preocupa, pero también —cuando es preciso y las circunstancias lo aconsejan— se ocupa y, por eso, podemos decir que en el profesor hubo siempre más que una dimensión puramente intelectual de la historia. Para él la historia no es sólo pasado, es también tarea y responsabilidad; cualquiera

podía comprenderlo viendo sus manos. Sus manos expresan toda aquella fuerza que vio el viejo latino cuando simbolizó en la mano los atributos más propios de la autoridad del paterfamilias; así pues, sus manos hablan de un natural don de mando, dicen de un hombre que no teme enfrentar la acción, que habiéndose medido en el estudio, en la contemplación y en el diálogo sereno, sabe cuánto puede y cuan necesaria es esa acción que procede de tal interioridad y que, justamente por eso, apunta tan certeramente a su meta.

Sin intentar una teoría de la acción histórica, me atrevo a decir que, en cuanto toca al historiador ser —mejor y más fundadamente que otro— exponente de una conciencia histórica que ilumine el pasado y, a la vez, penetre en el porvenir, don Juan, sin haber escrito mayormente, es verdaderamente un historiador en quien la historia es vida, tarea de generaciones, compromiso de siglos, responsabilidad de los mejores, afán de los pueblos, expresión de la Humanidad. Frente a los historiadores de libros, vueltos de espalda muy a menudo, por desgracia, a su propia historia, tenemos a don Juan, cara a la historia, vigilante, avizor...

¿Y qué campo mejor para hacer rendir todos estos talentos que la Universidad? La Universidad de Chile tuvo en él a su Rector Magnífico; justamente su Rectorado se caracteriza por las grandes tareas que señaló a la Universidad para que cumpliera con los compromisos que la sociedad contemporánea, la cultura en gestación y la historia que nos toma la delantera plantean.

Y, en esta magna tarea, hizo gala de un dinamismo e imaginación que hablan de una de sus características más acusadas: don Juan sorprende una y otra vez porque su espíritu es juvenil: he aquí la causa de su optimismo, así como de sus arrebatos, de sus iniciativas y de su inquietud, de su

audacia y atrevimiento. En este siglo que ha destacado a los jóvenes, Juan Gómez ha sabido ser siempre joven.

Su Rectorado sacudió profundamente la Universidad para tratar de acomodarla a un futuro, del cual es uno de sus profetas; entendámonos, no un alucinado que plantea sin consideración a su realidad histórica, sino un adelantado que, con profundo conocimiento y ajustada visión, sabe hacer del futuro inmarcesible un porvenir que nos conviene. La Universidad ya no puede quedar encerrada en su ámbito tradicional, por valioso que éste sea; tiene que ubicarse en el verdadero y real horizonte de la cultura contemporánea: palpar la realidad y entablar un sincero diálogo con ella.

De todo esto, ha quedado un legado inapreciable en sus discursos universitarios. Hay allí, señoras y señores, un conjunto selecto de pensamientos —ora insinuados, ora plenamente desarrollados— que hablan de la experiencia de la vida, de la madurez intelectual, de la meditación fructífera, del genio creador de este hombre, que sabe cómo —en medio del ajetreo y compromiso de este mundo— enseñorearse en el tiempo para concederse aquellos momentos en que el espíritu quiere estar solo consigo mismo o gustar del coloquio amable que acoge a todos aquellos que constituyen nuestro círculo más selecto de amigos, hasta aquéllos repartidos a lo largo de los siglos, los mejores, los que siempre están dispuestos, los que saben callar o hablar espléndidamente a nuestro gusto, los que no piden nada y lo ofrecen todo. Don Juan es —Uds. lo han comprendido— un gran amigo y un gran lector. Siempre tiene a la mano el mensaje de estos pensadores que forman el patrimonio cultural de la humanidad; porque don Juan —verdadero humanista— siente que el hombre, con sus problemas, sus temores, sus sueños y sus ideales no proviene tan sólo de una tradición, ni bebe de las aguas de un solo manantial por dulce que éstas sean; el hombre ha de estar

abierto y ser todo comprensión. Humanismo significa, para decirlo de una vez, acoger Oriente y Occidente en su grandeza milenaria y plenitud espiritual para hacer germinar a un hombre nuevo que dé testimonio de lo mejor de una y otra tradición.

Pero para que un trabajo así pueda ser verdaderamente serio ha de estar fundado en la disciplina y rigor que comunica la investigación a la labor del intelectual y del científico. La Universidad de Chile recibió a través de su palabra autorizada y de su apoyo decidido una inyección de progreso especialmente en este campo: no puede pensarse una docencia universitaria de calidad sin que esté ligada solidariamente a la investigación, afirmó una y otra vez el Rector, y así surgieron Institutos de Investigación en distintos campos, que han dado a la Universidad de Chile prestigio internacional.

No puedo dejar pasar esta oportunidad sin referirme también a la preocupación que siempre ha tenido don Juan por los grandes problemas de la educación nacional. Está en inmejorable situación para poder contemplar el proceso de la educación en su múltiple complejidad: los años al frente de la Facultad de Filosofía y Educación —semillero de futuros maestros a la vez que centro de estudios académicos— le proporcionaron una imagen de la realidad que agobia al profesor secundario en su tarea cotidiana; sé de sus decepciones y amarguras así como de su siempre renovada esperanza en una reforma que representase una efectiva dignificación de la carrera docente. La experiencia de la Facultad le fue ratificada durante su permanencia en el Ministerio de Educación, al tener bajo su vista todo el vasto escenario de la educación nacional, y, en fin, sus años de rectorado en la Universidad de Chile —meta, bajo muchos aspectos, hacia la que debe apuntar lo mejor de la educación secundaria para conseguir una verdadera promoción en el desarrollo cultural del

pais— lo han constituido en una de las personas que, sin duda, más y mejor entiende el complicado proceso de la educación: sabe de los medios con que se puede contar, de los problemas que hay que superar, de las etapas que deben cumplirse, de los ideales que han de estar siempre presentes.

Recientemente ha tenido una confirmación de la excepcional posición en que se encuentra al ser invitado para participar en una comisión que el Gobierno del Perú encargó para la planificación educacional en todos los niveles y a largo plazo. He podido conversar con don Juan sobre este apasionante tema, tanto más apasionante en boca de un hombre que no trepida en confesar que durante esos meses de intenso trabajo aprendió más que en años de tenaz bregar en nuestro ambiente educacional; así es don Juan, humilde en su sabiduría, entusiasta cual adolescente, esforzado en su trabajo, llamado a grandes empresas.

Hay todavía una faceta de la personalidad de don Juan que me parece especialmente valioso señalar justamente en este tiempo en que cuenta tanto, para muchos, el halago de los bienes materiales y en que, hasta los hombres llamados a ser ejemplares, sufren la seducción de la fortuna y se desviven tras el engañoso brillo del éxito fácil; se trata de cualidades dignas de figurar en una antología, tal como la que escribió Valerio Máximo para perpetua memoria de las virtudes que se encarnaban en aquellos patricios que hicieron posible con su parsimonia, con su desprendimiento, con su honradez, con su modestia, con su sentido del bien público y del deber, la grandeza de la República Romana. La sencillez de don Juan bien merece figurar en una galería de personajes ilustres porque saben apreciar que el hombre vive por los valores superiores del espíritu y que es allí donde hay que cimentar la verdadera gloria.

Hace ya más de un año el Consejo Superior de esta Uni-

versidad acogió el nombre de don Juan Gómez Millas para contarle como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación y continuar así la tradición de destacar a hombres beneméritos por su ciencia, su virtud y su nobleza de espíritu, proponiéndolos como ejemplo a docentes y alumnos, tal como —años ha— se había hecho con el probo historiador de los inicios de nuestra nacionalidad, don Tomás Thayer Ojeda, y con el insigne filólogo y fecundo ensayista R. P. Luis Márquez Eyzaguirre.

Al concederse a don Juan Gómez Millas esta distinción se tuvo especialmente presente su calidad de maestro de maestros, cumplida a lo largo de toda una vida consagrada a la docencia universitaria. Efectivamente, y permitidme que en estos momentos lo subraye, muchas actividades de gran importancia para la cultura nacional han sabido de su dedicación y empeño, de su visión y preparación, y un gran campo se le ofrece nuevamente, pero, por sobre todo esto, la figura de don Juan se agiganta y cobra su parte en la elaboración de nuestra cultura desde su posición egregia de maestro y, frente al “magister”, señor en su cátedra, el “minister” cuenta muchos menos; así pues, hoy recibimos gozosos a un verdadero maestro en una asamblea de iguales, que están conscientes de cuánto tendrán que esforzarse para merecer esta igualdad que hoy nos concede don Juan al incorporarse a nuestra Facultad.

Señoras y señores, don Juan bien puede decir con el poeta “non omnis moriar”, porque él se ha construido igualmente un monumento más perenne que el bronce al ligar su nombre a instituciones imperecederas y al grabarlo en el corazón de sus discípulos y de sus amigos.

Texto del Diploma que designa al profesor don Juan Gómez Millas, Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación.

La Universidad Católica de Valparaíso ha decidido nombrar al Sr. Profesor don **Juan Gómez Millas**, Miembro Académico de su Facultad de Filosofía y Educación, en atención a los múltiples y valiosos servicios prestados en el campo de la educación nacional y, para que conste, se le extiende el presente Diploma, en Valparaíso a 30 de octubre de 1964.

Arturo Zavala Rojas
Rector

Jorge Molina Valdivieso
Secretario General

Héctor Herrera Cajas
Decano

DISCURSO DEL PROFESOR DON JUAN GOMEZ MILLAS

Señor Rector, Sres. Decanos y Consejeros, Sres. Profesores y alumnos, señoras y señores:

Un sentimiento de alegría juvenil acude a mi espíritu al incorporarme a las actividades académicas de la Facultad de Filosofía y Educación de esta ilustre Universidad Católica de Valparaíso. La idea de que pueda gozar del diálogo desinteresado y libre con algunos que fueron mis alumnos y otros que son mis amigos, me anima hacia nuevas proyecciones intelectuales. Especial mención debo hacer de don Héctor Herrera, vuestro Decano de Filosofía, a quien me unió siempre una estrecha amistad espiritual. Eslabones son las generaciones en la formación de tradiciones culturales y, en la repetida comunicación, abren el porvenir y permiten recoger elementos del pasado para proyectar el futuro; tarea en la que estamos siempre en peligro, en zozobra y bordeando los abismos de la afirmación que nos encierra o de la duda que nos paraliza. Cada generación tiene su propio trabajo; debe asumirlo con plena responsabilidad, cualquiera que sea la magnitud de la amenaza de equivocarse; no hay que temerle al error, porque es también un fermento de la verdad. Cada generación tiene la posibilidad de un heroísmo en el cual justificar su propia existencia y acercarse a lo divino, lograr la arete de que hablaban los viejos helenos ¿No es acaso esto la dignidad del hombre y la transformación de su naturaleza en historia?

¿Cuál es, entretanto, en estos años que corren, la misión que deba ser identificada para proseguir y mantener la vigencia de los valores que aceptamos y fueron reconocidos por las generaciones anteriores? ¿Cuál es el aporte de nuestro tiempo a la humanidad en marcha?

La vigencia de un valor constituye, en la actividad continuada, una misión y crea un destino para el hombre y las comunidades; desde hace siglos reconocemos un conjunto de valores por los cuales las generaciones han reiniciado la lucha una y otra vez; los reconocemos potencialmente en todos los seres humanos; en función de esos valores hablamos de la Humanidad como de una misión que crea un destino, el destino de humanizarse en la permanencia de esos valores que hacen del ser, de todo ser, el proyecto del hombre. Si el dar forma al ser es el proyecto del hombre, ello es también lo que llamamos cultura; y lo que se plantea a la ciencia pasa del problema de los orígenes, al de los objetivos de la marcha y se nos hace posible fundamentar una antropología científica.

Durante los 40.000 años aproximados de sucesivas civilizaciones y los 8.000 de culturas madres de las actuales nos reconocemos en camino proyectado y proyectante; deteniéndonos en algunos aspectos y avanzando o develando misterios en otros; pero siempre reintegrándonos a la tradición de las excelencias alcanzadas y aludiendo a ellas en los períodos que llamamos renacimientos.

Mediante un complicado proceso de realimentación, Wiederholung o feed-back, reiniciamos las aventuras intelectuales interrumpidas, retomamos senderos olvidados y anhelos adormecidos y llegamos a este inmenso despliegue de tesoros intelectuales y artísticos y aplicaciones que poseemos como el resultado del trabajo de millones de hombres en miles de años.

Al mismo tiempo que comprobamos estos hechos, observamos que el goce de esos tesoros pertenece a una infima parte de la actual humanidad, mientras la otra gran porción vive en una creciente desheredad. Para todo el mundo es claro que los recursos de que dispone actualmente la inteligencia son suficientes para mejorar la vida de toda la humanidad, no sólo actual sino por muchos siglos y para una población muy superior.

La contradicción entre los valores morales aceptados por la conciencia universal, capacidades y potencialidades de que disponemos, por un lado, y por el otro, la mortecina efectividad de la acción, introduce un sentimiento de zozobra, angustia y culpabilidad en la humanidad presente. Somos una humanidad cargada con el sentimiento de la culpa. Jamás como hoy estos hechos se han presentado tan claros y manifiestos a un mayor número de seres humanos, ni estos contrastes habían sido tan profundos e inexplicables desde un punto de vista racional y axiológico. Jamás habían llegado a producir, como ahora, en el plano político, el ocaso de las ideologías.

La esencia de estas contradicciones fue percibida y sopor-tada muchas veces durante las épocas de grandes sobresaltos históricos; pero en la era actual la cantidad, expresión y proporción del fenómeno se ha convertido en una nueva calidad y esto es lo que nos sume en crisis.

En los últimos años hemos descubierto que la zona de separación entre el mundo de la prosperidad y el de la miseria no se angosta, sino se ensancha, debido a que la velocidad del industrialismo, de la ciencia y sus aplicaciones en los países desarrollados es superior al proceso de industrialización de los grupos retrasados. Ello es el fin de la teoría del progreso humano equilibrado con que soñó el utopismo de los siglos XVIII y XIX. Este descubrimiento histórico-social ha

puesto en el espíritu de un gran número de científicos una amarga gota de pesimismo. Durante una conversación con Oppenheimer él sintetizó este estado de su alma con la frase: "Soy pesimista, pero aún tengo esperanza". Ello me recordó la respuesta muy griega de Prometeo a las Oceánidas: ¿"Qué habéis dado a los hombres para consolarlos de sus males"? Prometeo: "Les he dado la esperanza ciega". Pero, ¿dónde se asienta nuestra esperanza? ¿En la ciencia, en el trabajo intelectual?

Hasta hace algunos decenios las Universidades, Academias y sociedades científicas monopolizaban el saber; gran parte de la producción se elaboraba en la zona marginal a la ciencia; hoy en cambio, la ciencia y sus aplicaciones trabajan estrechamente unidas a la producción en la fórmula de Bacon: saber es poder. La ciencia no es ya el monopolio de Universidades y sociedades científicas; ella también se hace en las industrias, en las reparticiones públicas y se convierte en una de tantas actividades profesionales orientadas y dirigidas por mecanismos socioeconómicos. Las Universidades comienzan desde hace algún tiempo a adaptarse a estas nuevas formas, convirtiéndose en inmensas empresas polifacéticas, tal como las ha descrito mi amigo, Clark Keer, en mayo de 1963, en Harvard.

Las ciencias y técnicas son hoy día un tejido tan variado y espeso de informaciones, hipótesis, relaciones personales, trabajos en equipos, financiamientos, instalaciones y administración que la especialización se impone no sólo en el saber mismo, sino en el proceso de su elaboración y difusión. Esto ocurre en las grandes áreas del conocimiento, pero también en cada una de sus ramas. Los métodos que se desarrollan en algunas, luego se aplican a otras. Las áreas más distantes se aproximan y entrelazan; gran número de los más importantes e interesantes problemas se plantean en la zona inter-

disciplinaria, de donde surgen nuevas especialidades con autonomía y métodos propios. Hasta hace pocos años la literatura científica era escrita en pocas lenguas y cualquier científico alcanzaba un dominio relativo de ellas. Hoy se escribe en lenguas vernáculas en todos los continentes y son muy pocos los que pueden estar medianamente al día y seguir la marcha del pensamiento. Esto obliga a los grupos científicos a crear equipos especiales de traductores y a editar "abstracts" en muchas de las ramas importantes de las ciencias. La comunicación intelectual se ha hecho un difícil problema y todo un complicado tecnicismo se desarrolla para resolverlo. Sobre esto el libro de Norbert Wiener —Cibernética y Sociedad— "The human use of human beings". Por otra parte todas las ciencias se cargan de tecnicismos inevitables y de sistemas operacionales, que al mismo tiempo que hacen más urgente e indispensable la especialización, aíslan más y más al especialista dejándolo en ciertos momentos en la soledad. De aquí resulta uno de los dramas de la conciencia científica del investigador. La respuesta al grito angustioso del hombre de ciencia llamando a la comunicación mundial tiene una sola respuesta: la creación del "nosotros" frente al "Yo".

Los lujos de antaño se transforman en necesidades de masa. Invenciones y descubrimientos suscitan la competencia económica dentro de cada nación y entre éstas, motivando la instalación acelerada de nuevas empresas o el remodelamiento de las ya existentes; fenómenos todos, que en conjunto, desde el punto de vista de la productividad, cambian los conceptos antes aceptados acerca de la formación de personal y las crecientes responsabilidades de la propia industria en la educación de sus obreros y técnicos.

¿Qué es y tiende a ser una gran empresa industrial moderna? Un complejo que produce, educa e investiga. Y ¿qué es una escuela superior moderna? Una gran empresa que for-

ma para la producción y los servicios e investiga. Ambas educan, ambas investigan. Es la unión en el alma del hombre moderno de las tareas del taller y de la academia.

La inteligencia individual hace ya años que se demuestra insuficiente para dominar siquiera un área de este vasto campo, a pesar de que cada parte está en relación con la totalidad y con cada parte del saber. No es extraño entonces que el concepto del trabajo que se encuentra en el meollo de nuestra concepción occidental de la existencia, del individuo y de la sociedad, esté a punto de sufrir una mutación incalculable y podamos repetir con Gastón Berger: "una de las características de la época en la cual entramos es la de que tenemos que tratar problemas cuyos antecedentes cambian en el momento mismo en que, creyendo haberlos identificado, emprendemos la búsqueda de su solución".

Muchas mentes juveniles afrontan las contradicciones de la conciencia moderna con reacciones semejantes a aquellas que provocara a comienzos del siglo XVI el "Elogio de la Locura" de Erasmo de Rotterdam en busca de la armonía necesaria para vivir en el aparente desorden del comportamiento. ¿Acaso los "coléricos" no tienen más razón que los "conformistas"? He aquí lo que un agudo observador, J. Onimus, decía en 1962 (se refiere a la juventud colérica): "El orden les parece justamente el colmo del desorden. Vivir de acuerdo al orden establecido ya no constituye un mérito... no es más que una vergonzosa pereza. Parece que la austeridad, la nobleza, el sentimiento de la propia dignidad trabajen en contra de la moral y justifiquen, por el contrario, la revuelta y la aventura. Los términos se han invertido y creemos que en esto es donde radica propiamente la confusión y el desorden de la juventud de occidente... Asistimos al nacimiento de una estética del desorden, paralela a la moral del desorden. Una obra bien compuesta parece artificial y la severidad clásica se hace sos-

pechosa de engaño y fraude. La incoherencia se convierte en un procedimiento artístico... , incoherencia difícil de mantener, sofisticada... pero a la que hay que sostener dolorosamente para mantenerse fiel a la indignación que la provocó. Incoherencia ascética y a veces heroica por todo lo que ella rechaza y que los demás llaman la felicidad. Todos nosotros, cual más, cual menos alguna vez nos hemos sentido observados por la mirada penetrante de algún niño; una inocente pregunta de súbito nos traspasa de parte a parte, sin saber qué respuesta darle; es que los niños inocentes son terribles porque ellos son también los "enfants terribles".

No es sólo una crisis moral, también lo es intelectual, la más aguda a que el humanismo se ha visto expuesto en la tradición de las culturas históricas. La creación humana a la medida del hombre ha sido sobrepasada y comienza a escapar a su control y evaluación. La operación maquinales envuelve al maquinista en un torbellino y eso es justamente todo lo contrario al humanismo. El humanismo no sólo se dio la tarea de explicar el cosmos y la posición del hombre en él, sino también de usarlo para su bienestar y por lo tanto proyectarse; en cierto modo recrearlo a su imagen y semejanza y para esto a través de una misteriosa operación, descubrirse a sí mismo: descubrir el yo individual y el yo social. El nosotros, inmensa tarea en la que apenas estamos abriendo los caminos con métodos en parte tomados a las ciencias de la naturaleza; para los cuales se requieren integraciones científicas aún no alcanzadas.

La obra colectiva desafía la capacidad del hombre individual. ¿Cuál es la respuesta? Encontrarla es tarea de nuestro tiempo y de los años próximos y la única posibilidad de salvación del humanismo en las ciencias y en la vida.

Existió al final de la Edad Media en Venecia una institución posada-escuela, "il fondaco dei tedeschi" donde se en-

señaba a los comerciantes alemanes los elementos del comercio, en especial, la aritmética. El aprendizaje era lento y difícil para los futuros comerciantes; las cuentas resultaban en los libros de los comerciantes un simple más o menos. Hoy día un niño de escuela primaria trabaja sus cuentas mejor que aquellas gentes. ¿Está este hecho histórico en relación con desarrollos anatómico-fisiológicos post natales producidos en el ser por la comunicación como parecen demostrarlo los análisis biológicos cerebrales estimulados por el misterio del comportamiento de seres humanos encontrados en los bosques de la India que no habían tenido contacto con ninguna cultura humana? Nos preguntamos si la comunicación más intensa podrá resolver el problema de la mayor apertura intelectual del hombre futuro y algún día la visión inteligente abarcará más elementos que los que divisa en el momento actual. La inteligencia en el hombre, como en los animales, es un problema de grados y parece que esto depende de la actividad y desarrollo de las estructuras cerebrales. El hombre se hace hombre en la sociedad, en la comunicación, no en la soledad. Es el fin de otro mito del siglo XVIII. El "yo" se construye en el "nosotros".

La operación intelectual socializada es en cierta forma la continuación de la evolución del hombre que ha tocado el techo de sus posibilidades; pero esta operación no es evolución, sino involución; cambios hacia la interioridad del ser "que nos arrastra a todos juntos a ponernos en un contacto que tiende a perfeccionarnos a cada uno de nosotros en una vinculación orgánica con los prójimos" como dijo Teilhard de Chardin desde Pekín en 1940.

Esa forma de trabajo involutivo no es totalmente ajena a la tradición de las culturas históricas; se la descubre en el taller del artesano, en la academia y en el moderno proceso intelectual que se realiza entre los equipos de investigadores.

Pero estos hechos que se presentan en ciertas élites necesitan ahora expandirse hasta cubrir la forma de más vastos grupos a través de la planificación. Esa planificación que está en marcha en todas partes requiere de experiencias y afinamientos para que llegue a ser efectiva involución social y satisfaga la conciencia moral y, al mismo tiempo, dé lugar a la libertad esencial sin la cual no puede haber desarrollo cualitativo humano. Es el camino a un renacimiento explosivo con recursos inagotables a disposición del humanismo.

El énfasis que las urgencias políticas y económicas han puesto en la planificación física ha dejado a la sombra las preocupaciones intelectuales referentes a la planificación y racionalización de los recursos propiamente humanos, del trabajo humano; éstos sólo han sido tratados como inversión lucrativa. En una palabra, se ha avanzado bastante en la manera y métodos apropiados para convertir al hombre en miembro más o menos dócil y manejable de una comunidad. Pero eso no es la meta del humanismo. La protesta dramática del Dr. Zhivago no hace otra cosa que buscar el camino de la liberación del hombre hacia una esfera más elevada en la que la comunidad planificada no ahogue al individuo en trágicas oposiciones, le permita integrarse sin perder su espíritu. Esta es la tarea del humanismo en las recientes planificaciones de los recursos humanos y en la creciente socialización de la vida. Esta es la tarea de toda Universidad, de todo grupo científico, cualquiera que sea el lugar de trabajo.

Los fenómenos que observamos en la ciencia, la técnica o el arte, también los advertimos en el juego de poder de las grandes potencias. Hace dos años me referí en esta misma ciudad a la impotencia en que caen los grandes imperios a medida que crecen sus responsabilidades y las fuerzas que creen manejar; ahora veo desarrollada la misma idea en un periódico de Hannover del mes de septiembre de este año. El

observador alemán primero se refiere a la indiferencia con que la opinión pública mundial recibe las amenazas mutuas entre las grandes potencias y luego dice: "Pero tras esta actitud pasiva podemos encontrar algo más: el hecho de que las últimas crisis de la política mundial muestran claramente la paradoja de nuestro tiempo: la impotencia de los poderosos". Esta impotencia de los poderosos la comparé entonces al debilitamiento y por último extinción de los grandes animales del final del terciario y comienzos del cuaternario debido al extraordinario desarrollo de sus capacidades de fijación al medio y la correlativa incapacidad para soportar los cambios del habitat; es decir, a la pérdida de la libertad. Nuestra generación tendrá la oportunidad de ver el nacimiento, desarrollo y caída de grandes potencias; mientras más poderosas, más impotentes.

La parálisis y la auto-sofocación acompañan todo desarrollo humano que no está inspirado por una actitud humanista; lo que ocurre en la política de poder se realiza en cualquiera de las otras creaciones culturales; cada cultura crea su propia maleza que tiende a ahogarla y esterilizarla. Esto le ocurrió a la cultura escolástica y también ya es una amenaza visible para la moderna civilización industrialista.

La satisfacción urgente de necesidades provocadas por la segunda guerra mundial despertó una fiebre de planificación de recursos humanos en Europa, América, Unión Soviética, Japón y posteriormente en otros países. Se descubrió entonces la relación entre rendimiento y planificación. Un segundo descubrimiento importante realizado por algunos economistas y sociólogos fue el de que la educación se la podía considerar como una inversión económica que rentaba mucho más de lo que los propios educadores lo habían imaginado y demostrado. De lo cual ha resultado que la formación de personal, su calificación y la estimación de sus niveles entran a formar par-

te de los planes y proyectos de todo industrial, de toda empresa, de toda política en cualquier parte del mundo.

Sir William Petty fue tal vez el primero, en el siglo XVII, que realizó una investigación acerca del valor económico de una persona educada y entrenada y afirmó el principio de que la productividad aumenta en relación directa a la preparación en el oficio. Pero sólo en los últimos años estas cuestiones fueron examinadas con rigor matemático y análisis socio-económicos. Esto ha alentado considerablemente las posibilidades de inversión y préstamos para educación en agencias financieras y bancos mundiales. Paralelamente se produjo otro descubrimiento en el área de los estudios económicos: la motivación principal de los hechos económicos no era económica. Esto ya lo habían visto con gran penetración Max Weber, Sombart, Tawney y otros; pero no había recibido la consagración de los economistas puros hasta que Keynes de la siguiente manera lo expresó en su *General Theory*: "Si la naturaleza humana no se tentara en correr aventuras, no encontrara satisfacciones, independientemente del lucro, en instalar fábricas, minas, explotaciones agrícolas o líneas ferroviarias, no serían muchas las inversiones que se habrían hecho debido tan sólo al frío cálculo".

Un cuarto hecho de importancia ha sido descubierto por observadores inteligentes en los países llamados en desarrollo: la ayuda directa o indirecta que los americanos y muchos europeos prestan al mundo sub-desarrollado no siempre está bien orientada, sufre de equivocaciones graves y de males que podrían evitarse. Son errores que proceden de análisis mediocres de los elementos sociales en juego, de la carencia de una filosofía histórico-cultural de los valores y del concepto miope de que lo que es bueno en una parte del mundo puede trasladarse a otra con beneficio indudable. Es el error de la experiencia incompleta y de la pereza intelectual. En los últimos

años muchos se han referido a este problema. En el número 104 de la Revista *Ekistics* que edita en Atenas el conocido planificador Dioxadis dice Guy Hunter: “Es muy fácil suponer que lo que marcha en Manchester o Kansas también tendrá éxito en Mandalay; demasiado fácil es ver en nuestras propias formas de tecnología, democracia o educación el camino más corto para aquellos que carecen de ellas. Creo que lo que ahora se necesita en cada una de las agencias de las Naciones Unidas, en cada misión, en cada consultor o experto, es un esfuerzo sincero para penetrar mucho más profundamente en la comprensión de la posición real —social, política, económica, religiosa— de cada país; de sus virtudes originales y de sus motivaciones y conceptos de acción social e identificar objetivos de desarrollo en cada una de las esferas, en cierto sentido intermedias, y en las que se tomen en consideración los valores de lo viejo, tanto como las necesidades para lo nuevo. Creo que debemos ingeniarnos para descubrir formas de acción industrial, cooperativa, política y administrativa en pequeñas unidades, más dispersas, más accesibles al talento y a la energía de pueblos que en conjunto no están preparados para vivir en las gigantescas unidades urbanas y en las organizaciones humanas en que nuestra propia civilización está encuadrada”.

Así pensaron los filósofos griegos fundadores del humanismo: el hombre es la medida de todas las cosas. Y es justamente en Delos, donde el año pasado se reunió un selecto grupo de sociólogos, arquitectos, antropólogos, planificadores para formular cerca del viejo santuario de Apolo la llamada “Declaración de Delos” como una renovada afirmación de fe y confianza en el hombre, en su libertad, en su capacidad para ordenar el caos en que vivimos en las ciudades tentaculares y en un humanismo, no de palabras, sino de hechos en las grandes tareas que la hora nos obliga a realizar. Ellos dijeron

en una parte: "Los sistemas educacionales en cualquiera de sus niveles por el momento no se han ocupado suficientemente de afrontar los nuevos problemas del habitat humano o explorar las posibilidades de tratarlos integrados en planes raciales. En las Universidades la aplicación de las ciencias básicas al bienestar humano ha sido fragmentada. Tienen que ver con partes y aspectos del hombre, su salud, su nutrición, su educación; pero no con el hombre en su totalidad, no con el hombre en comunidad... Nosotros procedemos de naciones diferentes; nuestros antecedentes culturales son diversos. Nuestras concepciones políticas difieren, variadas son nuestras profesiones... Pero no estamos divididos en aquello que más deseamos afirmar: que somos ciudadanos de una ciudad mundial amenazada por el torrente de su propia expansión y en esta circunstancia, nuestra tarea y obligación es servir al ser humano".

Sois vosotros, filósofos, historiadores, artistas, verdaderos científicos los que hoy, como ayer y mañana, tenéis la última palabra en la tarea de construir al hombre y alentar sus valores. Grandes planificaciones están en marcha en todas partes, son necesarias para la vida, la subsistencia y el bienestar de la humanidad; también esa planificación la necesitan la ciencia, la educación, las universidades para que la aventura de arrojarse con coraje al futuro sea fértil y maravillosa.

Los pueblos de la América latina están despertando; es un despertar lento, fatigoso, como si durante el sueño imágenes terribles lo hubieran agitado; a tientas caminan, buscando su senda. Vuelvo ahora a lo que dije al comenzar: las vedas que abre el hombre están circundadas de amenazas y peligros; pero el mayor de todos es la conformidad, es la quietud; es el estar satisfechos, porque es allí donde muere la libre posibilidad de adaptación y crecimiento, se cierra el porvenir y marchita la cultura. Penetramos en una sociedad de

masas en que toda forma de trabajo y acción nace y termina en la comunidad; esto es irreversible; pero cuidemos con pasión y decisión la posibilidad del hombre de cambiar su propia casa y entonces el humanismo habrá convertido a la planificación en el más poderoso instrumento de prosperidad humana hasta ahora concebido.

EDITORIAL UNIVERSIDAD CATOLICA

LIRA 140 -- TELEFONO 397765

SANTIAGO DE CHILE

1 9 6 5